

aislamiento á que se miraba reducida aquella alma naturalmente cristiana, segun el lenguaje de un sabio, nada echaba de ménos de cuanto necesitaba para fortalecer su fe. Oh! ella bebía en su mismo origen aquellas aguas puras de verdad que satisfacen eternamente á los que de ellas se abrevan. Prepare el mundo nuevos combates; invente nuevos medios para vencer su constancia; eche mano á cuantos lazos pueda imaginar para aprisionar á esa tímida paloma; con ella estará siempre Jesucristo; á su lado se pondrá en el tiempo de la tribulacion, y nada habrá capaz de hacerla desviar del objeto de su fe y de su amor.

Ya Dioscoro ha regresado de su viaje y ha descubierto el secreto de su hija. La señal augusta de nuestra redencion que ha visto grabada en la habitacion de Bárbara, le ha hecho saber lo que para siempre hubiera querido ignorar. ¡Bárbara es cristiana! ¡Bárbara no adora los dioses de su padre! Bárbara es enemiga de la religion del imperio! ¡Bárbara se ha declarado contra el culto de sus mayores! Viérais pintado el furor en el semblante de aquel hombre detestable; viérais convertirse de repente su antiguo cariño en un odio sañudo é implacable contra su hija; viéraisle ahuyentar de sí todo sentimiento natural, y á fuer de tigre sediento de sangre arremeter hácia ella armado de un puñal parricida.... Cielos! no permitais accion tan criminal; la naturaleza protesta contra ese atentado que hace estremecer las entrañas mas empedernidas. Economizad por ahora la sangre de esa vírgen fiel, para que todavía pueda proporcionar á la fe un triunfo mas glorioso.

Así fué, católicos; el Dios que en otro tiempo detuvo el cuchillo de Abrahan al tiempo de ir á descargar el golpe sobre su víctima; aquel que libertó á David de la lanza de Saúl en el momento que iba á clavarla en su pecho, quiso tambien que Bárbara pudiese huir de la espada de su inhumano padre, no por privarla de la corona del martirio, sino para darla ocasion de hacer este mas glorioso, y coronar su constancia con el mas completo triunfo. Abrazando la fe habia vencido nuestra santa la incredulidad de un mundo idólatra, enemigo declarado de Jesucristo; pues ved ahora cómo confesándola y padeciendo por ella, venció el poder de un mundo, que avergonzado de su derrota, la sacrificó en odio de Jesucristo. Este será el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

No siempre es cobardía el huir; ocasiones hay en que es efecto de una prudencia consumada. El mismo Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, que jamas conoció el temor y que sabia era una víctima destinada á ser sacrificada al furor de los judíos, huyó de sus asechanzas cuando le buscaban para exterminarle: porque todavía no eran llegados los momentos decretados por su eterno Padre. Á imitacion suya los santos no han dudado ocultarse á veces en los tiempos de persecucion, no porque desfalleciesen en la fe, sino porque no juzgaban llegado el tiempo de presentarse á los tiranos; y la prueba de que no el temor sino la prudencia los impulsaba á obrar de esta suerte, era la constancia con que despues sufrían los tormentos y la muerte por su fe y religion. Así pues, el deseo de evitar el ver manchadas con su sangre las manos de un padre, á quien á pesar de sus errores no podia ménos de amar santa Bárbara entrañablemente, la inspiró el pensamiento de huir de su presencia cuando iba á ser inmollada á su furor. El cielo autorizó su fuga con un prodigio semejante al que obró en favor de los israelitas cuando eran perseguidos por el tirano Faraon. Bien así como entónces al ver que los ejércitos egipcios daban alcance á los hebreos, hizo que las aguas del mar se dividiesen en dos mitades para franquear el paso á estos, cerrándose despues para impedirlo á sus perseguidores, del mismo modo viendo que Dioscoro corria en seguimiento de su hija, y que la inocente paloma iba á ser arrebatada por el gavilan, hace que de repente se abra una enorme roca que obstruía el camino, y de este modo la facilita un medio de ocultarse á la vista del desapiadado autor de sus dias. Mas ay! ¿de qué te sirve, vírgen inocente, que por el momento consigas sustraerte á las pesquisas de tu cruel tirano? El odio, la venganza le prestarán alas para volar donde quiera que te ocultares. Ha jurado no dar reposo á sus párpados hasta encontrarte, y así lo ejecutará: porque mas ciego aún con el prodigio que acaba de presenciar, su alma empedernida ha lanzado de sí hasta el instinto mismo de la piedad paternal.

En efecto, señores, Bárbara cayó en fin en las manos de su

padre; ¿y quién podrá pintar el furor con que se cebó en ella? El famélico leon que en los desiertos de la Numidia sorprende al incanto viajero, no se lanza sobre su presa con tanta ferocidad como Dioscoro se arrojó sobre su hija. La arrastra por el suelo, la pisotea, la maltrata, no hay crueldad que no ejerza en su virginal cuerpo; fáltanle ya las fuerzas para descargar los golpes de su saña, pero su corazon no se ha saturado aún de venganza. ¡Padre inhumano!.... No; la naturaleza te niega ese nombre. ¡Hiena carnívora! ¡Monstruo de maldad! ¿qué haces? ¿por qué así te ensangrientas en esa casta ovejuela? ¿Qué delito es el suyo? ¿No ha vivido siempre sumisa y obediente á tus meras insinuaciones? ¿No ha buscado siempre todos los medios de agradarte? ¿No era ella poco há el ídolo de tu cariño? ¿No llegó tu amor hasta dar en el delirio de concebir celos de que hubiese otro en el mundo que la amase mas que tú? ¿Cómo, pues, se ha cambiado de repente tu amor en encono? ¿Qué causa ha motivado tu injusto y mas que inhumano proceder? ¿Porque se opone á adorar tus infames deidades! ¿Porque no quiere renunciar á la fe de Jesucristo! ¿Porque tributa sus homenajes al Dios verdadero....! Insensato! Si ese es su delito, no esperes que se corrija. La fe de Bárbara es superior á todos los acontecimientos que puedan sobrevenirle: superior al odio, á la persecucion, á las cárceles, á los suplicios y á la misma muerte. ¿Crearás que se haya de acobardar ante el estremecedor aspecto de los jueces, de los verdugos ó de los cadalsos? Condúcela en buen hora donde quieras; apura los quilates de tu odio, y la verás á tu despecho salir victoriosa en todos los combates.

¿Visteis, católicos, aquellas rocas que en medio del mar, expuestas á la impetuosa violencia de las olas, permanecen siempre en un mismo estado sin que los continuados choques de aquel furioso elemento consigan jamas hacerlas perder su firmeza? Pues no de otro modo se dejó ver la tierna vírgen Bárbara, cuando conducida por su inhumano padre á la presencia del presidente Marciano, se vió acometida por todas partes para que renunciase á la fe cristiana y ofreciese incienso á los ídolos. ¡De cuántas formas se reviste el tirano! Ora afectando una falsa piedad, reprueba altamente la conducta del desapiadado autor de sus días, y la ofrece toda su proteccion. Ora fingiendo interesarse por su porvenir, la propone las grandes

ventajas que debe proporcionarla indudablemente su extrema belleza, sus raros talentos y las brillantes dotes que la ha prodigado naturaleza. Cuanto de mas cariñoso y lisonjero puede inventar el hombre, empléalo el presidente para salir con su empresa.... Temerarios designios! ¿Qué son todos los gozes del mundo comparados con las eternas delicias del cielo? ¿Qué es la felicidad que puede disfrutarse en esta vida, si se pesa en la balanza de la eternidad? ¿No es preferible una muerte adquirida con la fidelidad, á una vida comprada con el crimen? Así pensaba Bárbara, y en su consecuencia, tan indiferente á las promesas de Marciano, como insensible á sus amenazas, rompe el silencio que hasta entónces observara, y con diamantino valor confiesa francamente que jamas adorará á unos ídolos tan ridículos como impotentes; que léjos de reconocer en ellos ni la mas leve sombra de divinidad, solo ve la imágen de los demonios, que por su medio engañan y alucinan á sus ciegos adoradores; que no hay mas que un Dios verdadero, autor de todo cuanto existe, que no reconoce principio alguno fuera de sí mismo, y es infinitamente bueno, infinitamente sabio, infinitamente poderoso é infinitamente santo; que su Hijo, engendrado desde la eternidad por su fecundísimo entendimiento, descendió á la tierra, y revistiéndose de la humana naturaleza en el seno de una Vírgen pura, padeció y murió por salvar al linaje humano condenado á perecer eternamente. Hé ahí, concluye, cuáles son mis creencias. No hay para mi otro Dios fuera del criador del universo y de su hijo Jesucristo; á este estoy unida por la fe; con él estoy desposada por el amor, y nada será capaz de separarme de él ni en el tiempo ni en la eternidad.

Con esta confesion venció Bárbara el poder del mundo, que desde entónces ya no pensó sino en sacrificarla en odio de Jesucristo. Llueven sobre su inocente cuerpo los azotes como el granizo en una horrenda tempestad. Á las llagas que estos abren, añádense otras nuevas con un horroroso cilicio de cerdas. Ya la despedazan sus miembros con uñas aceradas: ya la abrasan los costados con hachas encendidas: ahora la golpean la cabeza con martillos: despues la cortan inhumanamente los pechos. Necesaria es toda la gracia del Señor para sostener su firmeza en medio de tantos y tan crueles suplicios. Pero Jesucristo está á su lado: la consuela, la anima y derrama en su

corazon delicias inefables que neutralizan la fuerza de tanto padecer. Al ver á Bárbara sufrir con un semblante sereno, con una alegría indefinible, con una sonrisa angelical unos tormentos que bastaban cada cual para hacer desfallecer el ánimo del hombre mas fuerte y robusto, dijérase que era mas bien que un ser humano, un espíritu impassible é inmortal. Mas no, católicos: hija de Adán como nosotros, la santa vírgen experimentaba toda la impresion que naturalmente causan los tormentos. Ilusion seria juzgar que su carne era de una naturaleza distinta de la nuestra, y que lo que para nosotros es real y efectivamente doloroso, fuese para ella una ficcion ó una imágen de dolor. La única diferencia que hay es que Bárbara padecía por la fe y por el amor de su dueño y esposo Jesucristo; y como estaba persuadida que no hay mayor felicidad que esta para la criatura, pues que de este modo se hace digna de la amistad y de la benevolencia de Dios, todos los padecimientos del mundo la parecían pocos á trueque de obtener la corona inmortal con que en el cielo son premiados los que permanecen fieles en la justicia y constantes en la fe. Por eso cuando oye pronunciar la sentencia definitiva de su muerte; cuando ve el aparato estremecedor de verdugos, soldados y ministros que se prepara para la ejecucion, no se turba, no se contrista, ni siquiera muda el color; fuera de sí por el contrario, en fuerza del gozo interior que inunda su alma al ver acercarse el feliz término que tanto anhela, marcha con paso firme como otro Isaac hácia una colina destinada á ser el lugar del sacrificio; llega al sitio; se pone de rodillas; alarga su cuello; una mano feroz levanta el cuchillo... Cielos!... Es su mismo padre; su barbarie ha llegado al extremo de pedir le sea concedido ser el ejecutor de la sentencia. Qué horror! Apartemos nuestra vista por no presenciarse tan monstruoso atentado. Cayó la víctima; consumóse el sacrificio; la fe ha quedado victoriosa. Bárbara ha vencido al mundo confesando á Jesucristo y padeciendo por su nombre. Su triunfo se hace ostensible por medio de prodigios palpables y manifiestos. Entretanto que el espíritu purísimo de la vírgen vuela á la mansion feliz de los bienaventurados, á ceñir la duplicada diadema de la virginidad y del martirio, la tierra tiembla, los elementos se conmueven y vengán su sangre derramada por la impiedad. Dioscoro cae abrasado de un rayo al pié de la misma colina en donde ha sacrificado á su hija; Marciano po-

co despues experimenta la misma suerte, y de este modo manifiesta el Señor, que si hay un premio reservado para la virtud, hay tambien un castigo para el crimen.

Admiremos, católicos, la fe de nuestra ilustre santa Bárbara, y á vista de un heroísmo tan singular y de una constancia tan prodigiosa, no dudemos preguntarnos á nosotros mismos con el apóstol san Juan, cuyas palabras sirvieron de texto á nuestro discurso: «¿Quién es el que verdaderamente puede decir que vence al mundo, sino aquel que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios?» ¿Cómo pudiéramos sin esta fe hacer frente á sus halagos, luchar contra sus depravadas máximas, oponernos á sus desmanes, triunfar de sus peligros y hacernos superiores á sus engaños? Por eso el Apóstol nos aconseja á estar siempre armados con este escudo impenetrable, para poder rechazar los dardos del maligno espíritu (1). Con la fe consiguió santa Bárbara no dejarse alucinar de las falsas caricias de un padre idólatra, que hizo el mayor empeño para que adoptase un enlace contrario á sus principios y reprobado por su religion. Con la fe pudo preservarse del contagio de la infidelidad en que obstinadamente vivían todos sus domésticos. Con la fe resistió á las promesas de un tirano que á todo trance pretendía obligarla á abjurar sus creencias, y hacerla quemar incienso á los ídolos del paganismo. Con la fe toleró los oprobios, los tormentos y la muerte mas cruel, de las manos del mismo que la diera el ser. Con la fe en fin venció la incredulidad de un mundo idólatra, enemigo declarado de Jesucristo, y derrocó todo su poder. Por eso reina hoy con Jesucristo; por eso la alaba y engrandece la iglesia; por eso en todo el mundo es invocada su proteccion, especialmente en las tempestades: por eso su memoria es tan grata á todos los verdaderos católicos.

¡Plegue al cielo que nosotros imitemos la fe de esta insigne heroína! ¡Dichosos si como ella supiésemos combatir contra ese mundo réprobo que por donde quiera nos hace la mas cruda guerra! Mil peligros nos cercan á cada momento; peligros en los malos ejemplos, peligros en los libros detestables que circulan impunemente; peligros en las doctrinas de hombres impíos, que venden la muerte envuelta entre las flores de una elocuencia infernal; peligros en nuestras propias pasiones que sin

(1) *Ep. ad Ephes. c. 6. v. 16.*

cesar se sublevar contra el espíritu; peligros en fin dentro y fuera de nosotros mismos. Preciso es que no durmamos si no queremos ser vencidos. Fuerza es que peleemos si deseamos vencer. Luchemos pues hermanos míos, luchemos contra el infierno y contra nuestra carne, enemigos irreconciliables de nuestra felicidad. Si con una fe viva y fervorosa hiciéremos frente, como santa Bárbara, á los rudos ataques de nuestros adversarios, no dudemos del éxito del combate; nuestros serán los laureles del triunfo; nuestra será la victoria; seguro será el premio, y eterna la bienaventuranza.

SERMON

DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN LA ORACION, EN QUE FUÉ TAN FRECUENTE Y TAN FERVOROSO SAN BARTOLOMÉ, HALLÓ LAS GRANDES VIRTUDES QUE ADMIRAMOS EN ÉL, Y NOS SEÑALÓ EL MODO DE SER DISCÍPULOS FIELES DE JESUCRISTO.

Erat pernoctans in oratione.

Pasaba la noche en oracion.

S. Luc. c. 6.

En este dia en que celebra la Iglesia la festividad del apóstol san Bartolomé, nos recuerda el pasaje del santo Evangelio en que se nos dice, que Jesucristo salió á un monte á orar y pasó toda la noche en oracion, ordenándose esta á la eleccion que habia de hacer al dia siguiente de doce de sus discípulos, á los que dió el nombre de sus apóstoles. Y á la verdad ¿qué leccion mas á propósito puede elegirse para honrar al bienaventurado san Bartolomé? ¿Qué puede decirse mas á propósito, ni mas glorioso para este santo tan amantísimo de la oracion, tan digno discípulo de su divino Maestro, de quien el mismo espíritu infernal se vió precisado á confesar que oraba cien veces al dia y cien veces en la noche, que decir de él lo que el Evangelio elegido por la Iglesia para su festividad nos dice de Jesucristo: *Erat pernoctans in oratione*: pasaba la noche en oracion?

Verdad es que en su vida descubrimos el generoso desprendimiento de todo lo terreno, la pobreza, el celo de la salud de las almas, el fervor infatigable por extender la fe de Jesucristo, la paciencia y fortaleza en los trabajos, el gozo y la alegría en